

MANUEL VILLORIA MENDIETA, *La corrupción política*, Síntesis, Madrid, 2006. 319 páginas.

Este libro afronta un tema de envergadura. La corrupción ha sido ampliamente tratada en la historia de la teoría política y no es novedad. Pero sí lo es la visión actual cada vez más extendida de que la corrupción es inherente a la democracia. Es más; esta visión se halla asentada tan sólidamente, que hay ya opinantes para quien lo peligroso es presumir de no corruptos y hacer bandera de la anticorrupción.

Consciente de la profusión de trabajos y enfoques sobre el tema, Villoria presenta un libro ordenado escolásticamente. Primero define lo que es corrupción en sentido estricto. Para ello pasa revista a su concepción, preocupado sensatamente por la ambigüedad con la que hoy se habla y escribe del asunto: “de ahí que la depuración del concepto sea clave para el análisis científico del problema” (p. 27). Revisa los conceptos aportados por las distintas disciplinas: derecho, economía, ciencia política, sociología y ética; curiosamente por este orden. El autor recoge a continuación las clasificaciones más completas y actuales de los distintos “tipos posibles de actividades corruptas” (p. 49). Como en otras partes del libro, da muestras de su búsqueda detallada de la bibliografía existente y se esfuerza por no dejar fuera ninguna aportación de valor.

Villoria se pregunta por qué es necesario hablar hoy de corrupción, agrupando las posibles respuestas en cinco clases de razones: políticas, económicas, institucionales, de gestión y sociales, expuestas en este curioso orden (pp. 73-93). Analizado el término de corrupción en sentido estricto, pasa a estudiar la *corrupción política*.

Siguiendo su metodología, separa las distintas naturalezas del fenómeno según se refiera a un sujeto que lo ejecuta, a un fin perseguido o a un bien esencial dañado (pp. 97-104); para adentrarse después en el estudio de los distintos “discursos de integridad” que se oponen a este extendidísimo fenómeno y que resume en cuatro tipos (i) liberal, (ii) liberal utilitario, (iii) comunitarista y (iv) deliberativo. Por último, contrapone corrupción a ética pública y concluye que, más allá de la legitimidad, hay una necesidad urgente de recurrir a la democracia para encontrar el antídoto de esta dolencia que a través del libro emerge como una auténtica plaga.

La segunda parte se dedica a analizar las “variantes de corrupción política”, lo que ocupará un grueso capítulo tres (pp. 159-275). El final del libro lo componen conclusiones muy serias sobre una práctica que se alimenta “de patologías sociales y económicas –institucionalizadas informalmente– que dan vida a su capacidad de destrucción” (p. 278). Dichas prácticas, peligrosísimas por perniciosas para la democracia, deben ser atajadas en su cotidianeidad social pero también tras tener en cuenta “el sistema político y social” (p. 278), lo que incluye de manera eminente el plano institucional en que se hallan insertas. En conjunto Villoria se enfrenta a un fenómeno de la máxima importancia para la democracia que conduce irremisiblemente, si no se ataja, a “un círculo vicioso de ingobernabilidad y destrucción de las bases de la convivencia” (p. 279). En su opinión, sólo se podría detener si lo que él llama “la clase política”, compuesta

de elites políticas, económicas y sociales (p. 279), se volcasen conjuntamente en la tarea de reconstruir el país.

En un tono alarmado y pesimista el autor reflexiona sobre el obstáculo de las “perversiones de la naturaleza humana” (p. 279); las desigualdades económicas (p. 281), estructurales y psicológicas (p. 285); la desafección política –con ese nombre se refiere a la desmoralización de la población- y la corrupción de los partidos prebendistas. En un final dotado de coraje cívico, plantea lo que él atisba como posibles soluciones a este “deprimente panorama” (p.292). Y aunque las medidas operativas sean casi infinitas, nos menciona algunas que pueden ser externas e internas a cada país.

El final del libro aporta unas conclusiones documentadas en las que se nos avanza la idea de que la corrupción política es una “corrupción de la política” (p. 294), juego de palabras que apunta a que “se abandonan los principios básicos que sostienen (a la política) y ésta se convierte en engaño y manipulación más o menos permanente” (p. 294). De forma explícita se nos dice algo que ya se percibe tácitamente desde las primeras páginas de la obra: lo que está en juego en la política de un Estado es escapar de la guerra civil. En la línea de Harry Eckstein y su concepto de *internal war*, de admiración tan extendida en la ciencia actual, Villoria advierte que la corrupción hace que la “política se convierta en una especie de guerra civil larvada”, lo que eventualmente podría llevar al fin de la política y a una situación de guerra civil permanente (p. 295); es decir, al estado de naturaleza. Definitivamente la política tiene su razón de ser esencial en “evitar la guerra civil y buscar el interés

general respetando las reglas del juego” (p. 296). Con una visión interesante, se alarma ante la posibilidad de que “la excesiva vigilia de la razón nos entregue al sueño de lo cierto, a la trampa de lo eternamente previsible, en suma al fin de la esperanza” (p. 300). El autor acaba, un tanto deprimentemente, reconociendo que no ha sido capaz de mostrar cuál ha de ser “la vía íntegra” de la política (p 301). Con alusiones significativas a Alexis de Tocqueville, se resigna a dar tan sólo una llamada de atención -que no nos dice a quién va dirigida, aun cuando mencione a todos- sobre el peligro de que la corrupción nos traiga la defunción de la política y con ello “el ruido de los sables”.

Un libro como éste es de agradecer. Se trata de una obra muy seria que hace un gran esfuerzo de recopilación de trabajos valiosos sobre un “tema estrella” no sólo para la ingeniería política sino también para la teoría de la democracia. En un momento de crisis cada vez más evidente en la teoría, la democracia aparece en el siglo veintiuno como un término vago, ambiguo, polivalente; casi un pretexto para la manipulación y la impunidad de las malas prácticas. Villoria afronta la situación con la encomiable actitud, valiente y trabajadora, de indagar en el hecho a las claras, reconociendo abiertamente que la corrupción de los regímenes democráticos empieza a ser una amenaza para la supervivencia de la democracia. Para un demócrata como él, esto sería el fin de la política.

No obstante cabe hacer algunas pequeñas reflexiones constructivas sobre un empeño como éste. Leído con calma, se hace patente el aristotelismo que rezuma el texto; un aristotelismo medievalizado desde el sur de Europa en su versión esco-

lástica, que no se oculta ni siquiera en su forma de exposición organizada con orgullo a la manera tradicional. Su visión de la política adolece precisamente de la despolitización propia del tomismo, del *id est socialis* con el que de Aquino consagra en el siglo trece la socialización de la política, y que Villoria da por verdad universal. Las reflexiones siempre transitan por ese universo social de la democracia escolástica y, aunque lo haga de una manera laica, no desactiva los condicionamientos que ese aristotelismo del sur conlleva.

El autor mira a la vida pública con ojos de un servidor civil, honesto y dignamente preocupado por el desvarío de la vida corrupta de la democracia. Una realidad que no está dispuesto a negar, pero que le desborda y a la que no puede encontrar más explicación que la perversidad del hombre, la flaqueza de la naturaleza humana y el ansia de poder del individuo. Taras genéticas del hombre cristiano caído sin remedio que le conducen a la confusión. Villoria no ve la sociedad desde los barrios de los mercaderes o los comerciantes y en todo su libro no aparecen ni el mercado financiero ni la Bolsa. La vida económica se presenta con los empresarios, las instituciones, las clases sociales y los abusos de poder. El comercio le queda un tanto descolocado.

Tras demostrar que toda esta patología es un síndrome moderno, y de admitir con razón que Stalin y Hitler son dos grandes modernos, al autor se ve obligado a declarar algo sobre los fundamentos de la modernidad. Y es aquí donde nos muestra su perplejidad. Reconoce con honestidad ilustrada que algo va mal en los planteamientos laicos y luminosos de la ingeniería de la política, y asume que desde ahí no

llegará solución alguna. Su clamor responde a la decepción no sólo con la democracia de hoy, sino con esa ingeniería de la política que era tan soberbia hace tan sólo tres décadas y que ahora se ve impotente para contener el desaguisado e incapaz de explicar por qué este descontrol se agudiza sin que nadie le ponga freno. Villoria denuncia prudentemente uno de los síntomas más importantes de la vida pública moderna, la corrupción sistemática y tecnológicamente articulada de nuestra vida pública. Fracasadas las religiones y las ideologías en la moralización del ciudadano, fracasa ahora toda una generación –la generación del propio autor– en lo que cada vez más se presenta como algo imparable y sin solución.

Claro que el autor no se da cuenta de que quizá está hablando desde dentro. Como los enfermos de melancolía que quieren saber qué les pasa repasando exhaustivamente los momentos buenos y malos, los ataques y achaques que sufre su alma, Villoria se dedica con un ahínco que suscita la admiración del lector –y la duda del científico– a las dolencias de la democracia que ve declinar. Quizá éste sea el punto más frágil de esta obra, tan encerrada en sí misma y por eso tan obsesiva y rabiosamente exhaustiva. Su claustrofobia cultural se circunscribe a una Europa del sur, culturalmente católica, de la que el autor apenas sale para ver otras alternativas morales. Insiste así en algo tan español como es recrearse en la visión weberiana de la función pública o en la tradición de los *tropoi* de John Locke sin reparar en que está utilizando materiales mal injertados en el decadente escolasticismo sureño. Una tradición intelectual desmontada y colonizada por los autores de estos injertos.

Por eso nuestro autor se mueve incómodo con los implantes de los *tropoi* calvinistas que le estallan en las manos: el más llamativo es el del estado de naturaleza ciceroniano, entendido a la manera de los calvinistas congregacionistas. Villoria toma de ellos la carta de viaje para llegar a un lugar prefijado por la idea de que todos los países están en guerra perpetua. La vida pública resulta de este modo una guerra de todos contra todos que hace necesarias las instituciones como mecanismos agónicos para retrasar lo inevitable o para desviar la destrucción hacia fuera. En cierta medida decepciona que, desde España, intelectuales de valía sigan esa carta de navegación tan anti-hispánica. Incorporar como axioma esa guerra civil que subyace a la vida pública, idea que fue el fundamento del proyecto Camelot que dirigió Ted R. Gurr en los años setenta, es dar por buena la visión del hombre *siempre con el cuchillo en la garganta* que parte de Jean Calvin, Théodore de Bèze y Petrus Ramus, y que, asumida con técnicas escolásticas y una politología aristotélica, conduce al libro a una posición equívoca y probablemente a un *cul de sac*.

No es de extrañar que la circularidad que preocupa a nuestro autor sea la de un intelectual encerrado en un laberinto, no

por falta de rumbo, sino por endeblez de su tradición teórica (p. 279). Una orfandad intelectual que le arrastra sin consideración -y precisamente utilizando el propio impulso científico del autor- a un pesimismo depresivo inquietante. Un epílogo que no se merece tan valioso libro. Esta obra, fruto de intenso y meticuloso trabajo, nos pone en las manos un sobresaliente resumen, meditado y bien reunido, de la literatura politológica sobre el fenómeno capital de la corrupción de la democracia, es decir sobre la grave crisis de la vida pública actual de la que ya casi todos hemos tomado nota, pero con la que casi nadie sabe qué hacer. Un lamento serio y preocupado desde dentro de esa democracia llena de valores pero sin identidad y a la deriva. Una obra, en suma, que recuerda a aquellos médicos que reconocen toda la sintomatología que presenta un enfermo y a la que responden con recetas y más recetas de numerosas medicinas, al contrario de quienes, con un diagnóstico preciso, sólo recomiendan un remedio que dará en el clavo y será suficiente. Hay indicios de que Manuel Villoria será capaz de encontrarlo en el futuro.

GIUSINI SAMOGGIA